

La colección *Un libro por centavos* iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, durante quince años (2003-2018) ha divulgado a los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y promocionado los nuevos valores del género, en ediciones bellas y económicas, con tirajes entre 8.000 y 10.000 ejemplares por título, de distribución mensual y gratuita para los suscriptores de la revista *El Malpensante*. También se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales y se encuentra en los catálogos de las universidades de Standford, Yale y Harvard.

El n.º 161 *Viento voluble en medio del agua*, Antología del poeta Gustavo Ibarra Merlano, cuyo cuidado y selección estuvo a cargo de Miguel Iriarte, también poeta de la Colección y director de la Biblioteca Piloto del Caribe.

Cuidado y selección de
Miguel Iriarte



N.º 161

Gustavo Ibarra Merlano

*Viento voluble
en medio del agua*

Antología

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL
2019

ISBN 978-958-790-222-8

© Universidad Externado de Colombia, 2019
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Tel. (57 1) 342 0288
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Octubre de 2019

Imagen de carátula
Tormenta, por Enrique Calle KAT, óleo sobre lienzo
120 x 110 cm., 1970, Colección Privada María Victoria Dávila M.

Diseño de carátula y composición
Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Editorial Nomos S.A.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados durante 15 años en:
www.uexternado.edu.co/unlibporpercentavos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

KAT, ENRIQUE CALLE. Bogotá, 1942. Vivió desde su infancia en Cali, donde su padre era un próspero comerciante. A los 20 años se acercó a la horda nadaísta caleña, a la cual aportó un arte figurativo erótico, pues casi todas sus obras eran el desnudo de su mujer. Se inició en el consumo de cannabis y viajó a San Andrés, donde se especializó en pintar variados paisajes de la isla, en especial el Johnny Cay. Era un sabio enigmático y de pocas palabras. Se carteaba con la Casa Blanca para informarles las causas del misterioso apagón de Nueva York. Pintaba a gran velocidad, varios cuadros al día, que vendía a menos precio para costear comida, dormida y vicio. Fue adquiriendo una técnica deslumbrante, que luego aplicó a otro tipo de temas, como las calles de La Candelaria en Bogotá, Cristos y Bolívars. Su trabajo nunca llamó la atención de la crítica, a pesar de que Alejandro Obregón se convirtió en su admirado protector. Fue expulsado de la Isla y se instaló en Taganga, donde murió. Actualmente es un ícono de la vanguardia, buscado por coleccionistas de arte y sus obras se cotizan a muy buenos precios en el mercado.

JOTAMARIO ARBELÁEZ.

CONTENIDO

I. PLIEGO DE CORDEL [9]

Orígenes [10], Estatutos y deslindes [13],
Muertes y ceremonias [15], Relato [18],
La antesala [18], El tiempo y el baño [20],
La cama [21], La bestia [22], El abandono [23],
La fuga [24], Los vestidos y el cimiento [25],
El acuario [27], El crimen [29],
Los ornamentos del Cadalso [32], Alabanza [33]

II. CONMEMORACIONES [34]

III. MAR CAVADA [40]

IV. LAS HORAS SITUADAS [60]

El salmo de la muerte [66]

I

PLIEGO DE CORDEL

ORÍGENES

Narro los sitios de procedencia
y los tiempos originarios.

La orillas de los ríos pestilentes.
Los puentes,
cuando se inicia el día
y alborean los ruidos de la ciudad.

Los aleros desalterados
dormidos en la sombra.

Los alrededores de los mercados
condecorados con hojas de plátano
abandonadas con los desperdicios del día.
Los atrios de las iglesias.
la sombra espesa de
los edificios públicos.
Los pórticos de los hospitales,
hospicios y manicomios.
Las jurisdicciones alinderadas
en las taquillas de los cinematógrafos.
Las vecindades displicentes
de los grandes supermercados.

Las carpas deterioradas
de los circos del suburbio
en el instante en que las fieras

Miran con estupor
a los espectadores.

Las canoas carenadas
en dársenas donde aturde
el mazo de los calafates.

Los mataderos ensombrecidos
con el sollozo de las bestias.
Los cuarteles devastados
por el sueño de los centinelas.
Los zócalos de las estatuas
vilipendiadas por palomas volubles.
Las carnicerías embanderadas
que cabecean en aguas enrojecidas
como pontones repletos de sangrientos ahorcados.
Cuando se lavan con escobas
de esparto las baldosas manchadas
en el degüello de los cerdos.
—En las alcobas de los matarifes
se ocultan con sigilo
los cuchillos de destazar—
y reposa en frascos de vidrio verdoso
la salmuera para la aspersion
de las reses descuartizadas.
Los parques desiertos
que abren sus guaridas de verdor
a los paseantes que rondan

el quiosco deshabitado
de las retretas.
Los cementerios
donde los ángeles ventilan las tumbas
cuando los gallos desocultan el límite
y mugen las vacas escondidas
en los ejidos del día.
Simultáneamente se inicia
en las esquinas de la urbe
la recolección de basura.
Entonces comienzan
las señales imperceptibles
enviadas desde las terrazas
y los gritos caen desde las ventanas
de los edificios.

Los durmientes
ofrecen por última vez
el lado oculto
al sol de la muerte.
La gran ciudad
como una bestia marina
ventilada por gaviotas siderales
se extenúa a la deriva
de las avenidas y suenan
terriblemente las alcantarillas
de aguas emulsionadas.

ESTATUTOS Y DESLINDES

Son asignados los sitios
de resguardo y recolección
con exactitud y minuciosidad.

Así como los lugares
para la siesta del mediodía
y Las horas de descanso
y entretenimiento
bajo la noche
y la ocupación de los sitios
elegidos para el sueño.

Las migraciones
a través de las avenidas
son prescritas
en itinerarios inexorables.

Los recorridos y circunvalaciones.
el dominio sobre las plazas,
atrios y mercados.

Las palabras de invocación,
de impetración y de arrepentimiento
están preceptuadas.

Y codificados también los andares
y la geometría de la gesticulación.
la ropa y atuendos.

Los zapatos y el ornato
del cabello. Un rigor
implacable preside

el uso de condecoraciones
y ornamentos. Los vestidos
ceremoniales. Los trajes
de domingo y días feriados
son elegidos de acuerdo
con reglamentos inalterables.
La asistencia a óbitos y trisagios,
procesiones y rogativas,
el trueque de la purriela
y la estimación de los harapos
estaban codificados
en estatutos despiadados.

MUERTES Y CEREMONIAS

Tuvimos ocasión de sufrir
grandes muertes
en los atrios de las iglesias
con las manos extendidas
hacia el ostensorio.
Muertes impúdicas
a orillas de los mercados,
hacinados con desperdicios glaciales.
Muertes en las plazas llovidas
descubriendo de repente
sus foliaciones extenuadas.
Muertes anónimas
debajo de los puentes
crucificados por vehículos
despavoridos.
Muertes tributarias
de la gran muerte
que nosotros desciframos
con los ojos abiertos
sobre la urbe.
Nosotros hemos entendido
la mendicación de la vida.
La menesterosidad del tiempo.
La ruina de la sangre.

Nosotros instauramos
el Reino de Dios.
Nosotros consumamos ¡Padre!
tu mendicidad.
¡Oh! la gran ceremonia
de la obsecración.
Las solemnes saluciones
en los atrios.
Las veloces contraseñas
debajo de los semáforos alternativos
cuando la mano del indeciso
 oscila
entre el óbolo y la denegación
(las dádivas equilibran las repulsas).
La pudibundez en no insistir.
la mudez cuando nos denuestan
con miradas incriminatorias.

La mano aposentada en el pecho
y en el rostro la geometría
inalterable del desprendimiento.
Todo el cuerpo es poseído
por la pompa de la sollicitación.
Aplastado por la suprema
carga de la limosna,

cuyo origen
es prohibido inquirir.
La certeza de que lo recibido
es sólo un alivio transitorio
en la sucesión de orfandades
inacabables.

Luego con parsimonia
echarse la moneda
al bolsillo.
¡Y la gran salutación
de agradecimiento y despedida!

RELATO

LA ANTESALA

Daba vueltas delante de la casa de
los suplicios
y no se atrevía a entrar.
Volvía a retirarse y adelantaba un poco
más. Después de dos horas
sabía que entonces, iría
a entrar ineluctablemente.

Él disponía de esas dos horas
y las llenaba de música.
Aprovechaba para mirar
el tapizado del automóvil
que giraba y volvía al mismo sitio.
“Debo entrar ya”, decía
y pensaba horrorizado
en el interrogatorio.
Dio su propio nombre.
La edad, el estado civil,
la historia de sus pesadumbres
la enumeración de las cicatrices,
cuando caminaba en las aguas

y no pudo, se hundió,
su expoliación de niño
en los camastros.

Y a cada instante lo iban despojando
de sus pertenencias.
le quitaron la dignidad.
Le quitaron la alegría
y con la otra mano lo desposeyeron
de la desposesión.
También le arrancaron
el poder decir “yo soy”, “esto es mío”.
La mano de decir adiós se la llevaron.
Consumaron la usurpación. Otro
vivía por él. Otro lo aguaitaba
y hollaron mi nombre.
Yo sólo tenía el descenso.
Quitaron la luz. Se llevaron el día.
Las antiguas ejecutorias de bailarín
de bolero. Y me ocultaba como un
animal perseguido cuando alguien abría
la puerta del cuarto.

EL TIEMPO Y EL BAÑO

El tiempo ardía
como agua salada en la herida
y había que escurrirse de él.
El baño era una penumbra
húmeda y helada
en donde una
luz sempiterna
se inmovilizaba.

Sólo la pequeña vorágine
del desagadero
de la regadera y el vórtice
del sanitario girando
sobre el pivote de la nada.
El resto de los objetos
no eran vistos. No recuerdo
lo que había en el cajoncito
de la mesa de noche de lámina
barnizada de blanco.
Porque la luz sempiterna en el baño
no lo permitía.

LA CAMA

La cama estaba bien hecha.

Sí. Bien hecha.

Y se hubiera podido
morir en ella.

La sobrecama,

las sábanas,

las almohadas

se podían recoger al día

siguiente del entierro

y enviar a la lavandería

Podían estar conmigo

porque yo les dije muchas cosas.

Esas cuatro paredes eran el espacio del mundo.

LA BESTIA

Estamos de acuerdo en que los días
eran una de tantas manifestaciones
de la mutilación. Me había convertido
en una bestia profunda, en un despojo
de mí mismo. Yo nada comentaba.
En la mudez ninguno te irrespetaba
no tenía imágenes. Nada que pudiera reflejar
en una lámina, la carencia de límites.
Un montón de ceniza informe. Si
alguno pudo llegar hasta la pura negación
sabría que fue cierto.

EL ABANDONO

No sé quién pregunta por el abandono.
Como osa. Ni siquiera ofrecerlo.
Un despojo, como esos viejos
que cuentan en el parque
su tesoro escondido en el pañuelo.
Atestiguo que hay un himno
a la gran mendicidad.
A la plenitud de lo que falta,
y equilibra
la plenitud de lo que sobra.
Yo estaba metido en esa
gran corriente
mendigo expoliado en su vida.

LA FUGA

Las maneras de huir,
recuerdo que imaginaba
 las maneras de huir.
Todas conducían a la derrota.
Salir corriendo desnudo.
Parar un momento escondido en
la caseta de la bomba.
Y ganar la calle luego
corriendo con las manos
sobre el sexo.
De todas maneras era presa de los
buitres, de los perros, de la gente
colgando de los buses.

LOS VESTIDOS Y EL CIMIENTO

También imaginaba
el deambular
con los vestidos
tintos de grasa
y dormición bajo los puentes.
Ninguno respeta la
inmensa dignidad
de las manos vacías.

El caminar con la
conciencia vigilante
en medio de las ciudades.
Nadie sabe que allí
está uno de los cimientos
de la honradez y de la gracia.
No se puede atravesar impunemente
las ciudades con los ojos
inundados con la dulzura de la mendicidad.
Nadie sabe la dignidad
de la carne bajo los jirones.

Hay táticos sobrecupos de duelo
en los pies descalzos.

En las lágrimas depositadas
en la oscuridad de los lunares
entrevistos.
La realeza de quien no posee sino
un solo guardarropa,
el caminar vagabundo
de quien no tiene sino lo que tiene
y por eso nada lo separa
de su propio ser.

EL ACUARIO

En su cama rodeado de
vidrios de colores
reposaba como
un monstruo en un acuario
ofrecido a las miradas
de los visitantes.

Todos veían el monstruo
que allí estaba.
No había mentira
porque todo monstruo
debe exhibirse.

Hay un lado bestial
en el abandono
se pierde toda compostura.
Yo sé de uno
que gritaba de abandono.

Ser negado hasta la hez
hasta que la negación se vuelva sangre
y tengamos una nueva vida.
Otra vida
no imaginada y nos redima
de los días pestilentes.

Las pequeñas demencias.
los éxtasis ocasionales.
El relieve de las pasiones
hinchidas con artificio.
La hipocresía, los cariños
intersticiales,
los diapasones oblicuos.
Y las ceremonias de la melancolía.

EL CRIMEN

Y las raíces verdaderas
del crimen salgan al descubierto.

Siento sobre mí la sombra del crimen
que no renuncia a su dominio.

A pesar de la misma cara
apostada en el naufragio
de los espejos y usada en ceremonias.

No debía denunciarlo porque
su nombre es legión y las sociedades
no delinquen.

Debo improvisar repentinamente
una guarida contra la pestilencia
y abandonar un antiguo ser
que se aleja con nostalgia.

Mis amigos saben que pueden
esperar de mí lo peor
pero un sistema de complicidades
perdona en mí las faltas que son tuyas,

y el abismo permanece,
yo habito en mi pecado
en tierra imprevista

donde la justificación
y la caída son posibles.

No puedo garantizar
ninguna continuidad.

Me hundo y subo.
lo más horrible
puede fraguarse
en mi alma.
Pero mantengo la esperanza
en las claudicaciones.

La cobardía, la traición,
el incesto, la violación,
la mentira, rodean el alma.
Pero hay más, pues su nombre
es legión. No tengo ningún
huerto y escribo sentado en
un taburete, descalzo,
y sería imposible ponerme
una camisa limpia
para oír a Mozart.
Sin el geranio del ornamento puedo ser el origen
del crimen naciendo en
el tiempo.

Pero Cristo
también nació en el tiempo
y de pronto cae sobre mí
implacable la gracia.
Y cuando vienen
con el prontuario judicial
yo regreso arrepentido.

He aquí que tengo
todas las jurisdicciones
del que camina en la sombra.
El aprovechamiento de
la debilidad.
Llover sobre mojado
y al caído caerle.
El cálculo del óptimo resultado
con el menor esfuerzo.
La seducción, el hechizo,
la autoridad,
las ventajas de la cuna,
de la riqueza,
de la experiencia y
el ir conduciendo morosamente
el acto hasta producir
el crimen y además
cortar hilos
y borrar pistas
de la gracia santificante.
La lealtad,
disponiendo de
bienes estériles.

Tu crimen corrompe el mundo
y terminas por habitar
en él como en una cueva asignada
de por vida.

LOS ORNAMENTOS DEL CADALSO

En el camino del cadalso
o del hospital
se ofrecen mundos inimaginables
como una flor amarilla
en la ventana de una casa
o una cicatriz de pronto vista
en la piel de la mano

El sagrado condenado a muerte
a quien auxilian
a buen morir
y cuya ejecución es aplazada
por indisposiciones codificadas
en el estatuto del patíbulo.
Los moribundos y sus acompañantes
aman las ceremonias...

Así todo se nivela
y la muerte lo iguala todo

ALABANZA

La cruz
es un instrumento
absoluto
de medición.
Recuerdo un Cristo
honrado y tosco
de madera
en donde se confundían
nudos y llagas
en el aire muerto
de la sacristía del convento.

Allí estaba
la inmensa ofrenda.

Cristo,
bien soportado
por el madero,
te dejas rezar
hondamente.

Tus brazos
todo lo recoleccionan.
La tarde, el olor
a incienso, el sollozo.
Todo se amarra a ti.

II
CONMEMORACIONES

I

Estoy usado
como piedra de lecho.
Los bordes ensombrecidos.
De la vida.

Yo concilio las expoliaciones
del tiempo
desde que te has ido.

Estás lejana porque el incendio
es la ausencia del bosque.

Mi vida
sobre la herida
de tu muerte.

Subsanándote.

Estoy como el algodón
en la boca del agonizante.

Tú me prestas,
usas mi transcurso,
lecho de estrago
navegado por tus aguas.

Solo cuando muera
terminará tu muerte.

Rosa oscura
de la nada yaces
a orillas del silencio.

II

Estas mismas campanas
sonarán
el día de mi muerte.
Pensaré entonces:
“ese día estaba vivo”.

Bronces entreabiertos
en la vida y en la muerte.

Hago gestos.
Los gestos que tendré
cuando muera. Inauguro
el silencio venidero.

Yo sé los tientos
que me das.
Entras poco a poco.
La muerte es una
pura insistencia.

De pronto advertimos
que estabas allí
como amigo
reconocido en una sala.

Y nos miras
en la pestilencia de los espejos.

III

Como pájaro herido
por la luz
de opuestos puntos cardinales
que vienen de cielos distintos
y lo hacen girar
movido por el impulso
de sus desemejanzas,
enamorado
del espacio simultáneo.

Quién bebió
tanta ansia de luz
quién fue discernido
por opuestas transparencias.

Fulge el arcángel
en la indecisión
anulando el vuelo antecedente.

Se precisa embriaguez
para anular el peso
y herir la distancia.

La luz es la distancia
agitada por la transparencia
de tus alas.

Todo vuelo
es excesivo.



Lloro al ver tu rostro
desecho.
Veo tu cuerpo castigado
en los espejos del baño.
Tu espalda llena de tiempo
y destrozo.
Alzas la mano a contraluz
y la toalla se inunda
de sombra. El espejo vela.

Sin embargo,
una constancia inalterada
preserva tu rostro
de medalla
mordida por el tiempo.

III
MAR CAVADA



Mares glaciales en la madrugada.
Salpicaduras
de agua verdinegra.

El agua ahonda
su materia
y nos descubre.

El mar suda
y huele a sal.
La brisa avienta
la arena simultánea.

Res extensa
en el acantilado.



Cavilaciones derramadas.
El agua suena
y emerge
momentáneamente
la espuma.

Invasión
de ojos negros
calzados de blancura.
Clámide agitada.
El mar ondea
lleno de cantidades
grises y oscilantes
en la sibilación
del agua derramada.



Las conchas
son escorias
de un oscuro poema.
Vemos allí
la esencia que se despoja.



El mar medita
sus glaciares.

El viento agita los ramajes
en la hoguera
de la tarde
paralizada por la sal.



La luz
apresuraba
soledades
máscara del aire
oscura concha
que la noche
asedia
caracola
ebrio
nido
arpa de olas
lejana



El mar labra la playa
como la muerte al hueso.
El inmenso mar del tiempo
que arroja la espuma de los días.



El mar se lava
 el alma
 contra
insiste las rocas
también y queda
 negra
 la piedra.



Escucho el lento coagular del oro.
En alguna parte de tu cuerpo
hay una aldea perdida
que profana el viento.
El viento anuncia la presencia de las rosas.



Soy tu mendigo.
Ando en muletas olvidadas.
Perdona-vidas,
perdóname la vida.
El lento pabilo flagrante.
Oigo el largo grito del golfo.
Aquí estoy.
Este rumor es el tiempo
de varios días.



Cuando venga a decirte:
“llegó el invierno.
Tengo que irme. Toma
un vulnerado adiós.
Que triste es todo”.
Con son de muerte el viento embate
el zumo de la piedra.
La demasiada luz transita en vano.
Un garfio a que asirme busco.
Estoy urgido.
Oigo el silencio que se rumia en las tumbas.



Algo le han agregado al árbol.
Algo le han arrojado al río.
Una cantidad inconfundible de presencia.
Un aire de ojos pálidos.
Una noche de manos y sollozos.



Grandes, áureos, crucificados sobre las murallas,
como aves entrañables de abiertos flancos
clavados en el mundo,
navíos solitarios,
doblados en la dicha de un viento invasor,
navegan sobre el agua desigual.

Costas desiertas, bravías estructuras
de sal y roca, frente al mar incesante.

Aquí está el poema, mi palpitación segura
debajo del círculo de dureza.
Alzo mis ojos hasta el cielo de alarido
y cornamusa.

Como si fuera un extraño, en medio de estas cosas
todo sigue siendo solo a pesar mío.



Yo escucho el tumulto subceleste.
La pendencia profunda que deshace la espuma.
Las gravitaciones simultáneas.
El viejo olor de la luna
prendido en la esquina
profunda de las aguas.

Tú pronuncias en el acantilado
una lenta sentencia de naufragios y olvidos.

El agua abre las dulces grutas
donde el sol amoneda
las cavilaciones de la luz.

La sombra alcanza el poro de los farallones.
Ha venido el viento funeral sobre la arena.

El agua acantilada recoge el oro nocivo de la noche.
El borde del aire que agita
la túnica del tiempo.



1

Perdí por ti bahía,
perdí edad.

Días de viento y agua
de la heredad.

A flor de espuma el agua.
Ríos de gozos rubios
debajo del alcatraz.

2

Tú sabes que tengo derecho
a hablarte de la muerte
pues la he oído tocando
su arpa sin cuerdas.

3

Se preparan grandes días siderales.
Vastas flores de tiempo.
El trópico en el légamo
suelta burbujas entre tallos de herrumbre.

Es la flor del viento cuyo estambre
reposa sobre el agua.



Yo escribo en un sombrío
tiempo habido en el alma.
Tiempo de no salir
fuera de la sangre.
De estar en el centro
de una sorda montaña.
El día es de luz, raíces
circulan perdidas en el aire.
A mis ojos llega la marea,
pero adentro
sólo un doloroso vivir.
El ser transcurre.
Yo soy silencio.
Yo pongo el subsidio
de engaño y de ceniza.
Todo es sombra adentro.
Miro el aire abundar
en lejanías de oro.



Este suspiro que se desata
en el viento está ardiendo
en soledad. Voz
de un vapor perdido
en la villa
aún
perdura esto
aunque la piedra aciaga
demora en tu nombre
yo arrimo mi corazón a tu soledad
quiero ponerlo
como una comarca
obediente
Para que vengas
a la vida
—efímero atuendo del tiempo—
aprovecha este silencio
para internarte en mí



Cuanto vano espejo,
atesoran el aire, el mar, el tiempo.
Todo asoma en el agua momentánea
donde hace señas el olvido.
El mar derrama tiempo.
El viento azota
el desuso del agua.
Solo yo aquí
entre dos alas de sangre
bajo el derretido metal
que avienta el cielo,
sobre mi ser enjuto.
Volviendo anterior mi propio tiempo.
Mar adentro, donde el mar
es
mar
verdadero.



El mar es el sudor de la tierra
empédocles

Mar viejo y triste pareces
hecho de lágrimas del llanto del mundo
días de sol iracundo
incineraron tu corazón
hay solo cenizas salobres

Las velas huyen
y el viento aúlla en las cofas
peces cabizbajos
delfines tristes
no hay espuma
no hay burbujas
mar caído
mar muerto
apenas llegas a la orilla
gravitación de tus piedras
entre los pulpos desolados

Camino por el borde
de tu alma
y de mi alma
tienes más llanto
la misma agua inmensa
nadan
nada
el mar es el llanto de la tierra

Escucha la palabra meditada
del viajero
antes de la errancia de la lejanía

IV

LAS HORAS SITUADAS



Por la noche en el suburbio
se confunden los rumores
con la voz de la rocola
y ruedan todas las olas
sobre la urbe en silencio
en el parque solitario
llora un fantasma escondido
los hierros en el Palacio
suplician la soledad



Escalofríos salobres
en el mar de los Sargazos
sobre los tejados tiembla un verdín
resbalado untado por el tiempo
en las horas sofocadas
por el sudor de los días
toda la vocinglería
de aposentos resguardados
el viento acuchilla las calles
encima del caballo de bronce
del parque un lucero parado
no fluye el río
se ahonda
la eternidad de los bastiones cenitales
se oye el paso apagado
de un día que pierde su gloria
traicionado por la nada



En la indecisión del silencio
la espuela aromada del jardín
con flores de alta densidad
ardido estambre lleno de pálidas esporas
el lucero se aflige
en el aljibe
el agua dialoga con otras edades
vislumbres sobre las torres
absortas en su aire intemporal
cae sobre las piedras el silencio del sol

Sube alma
sube un instante y contempla
la ciudad ventilada
por las exploraciones de la luz en el espacio

Juntar en una palabra
los días largos sufridos
entre cales purgatoriales
entre muros circundantes
y estatuas blancas
en la luz de alabastro
y el boquete que horada la muralla
y comunica toda la urbe con el mar

narración de los silencios
extenuados en noches crucificadas
absortas
 perdidas en el abismo
 sin tiempo
manteniendo ileso el
 fuero de los días labrados
la intangible permanencia de la muerte

Sucedían risas
sin aspereza
 el canto
 la melancolía de las trastiendas
los enfermos acodados
en las balconaduras
de enumerados balaustres
afligiendo la tarde
cantar las desnucadas araucarias
las acacias de pétalos sangrientos
la trompeta de ángel
meditando en sus aromas
como un serafín crepuscular
la sombra fluía sin consuelo

En un rincón del parque
el relumbre de la grupa de bronce
y la espada erigiendo un meridiano insondable
las hojas perpetuaban melancólicamente la luz
la fuente seca

sin agua

espaciada

por el alma y por las cosas
nada impedía en esta soledad
la conciliación de la tiniebla
el corazón estacionado en su bastión
profiere diapasones de luto
luego prosigue la calle metida en la sombra
hasta dar en el agua
en la salmuera deprecatoria
del mar insomne

y la tiniebla

esparce

su tafetán mortuorio

EL SALMO DE LA MUERTE

Quebrantaré hasta la más pequeña partícula de hueso
y moleré tu sangre hasta que vuelvas a la nada
pues temo que un poco de tu vida
prenda de nuevo el fuego
y se rompa tu muerte.

Tomaré mis precauciones.

Me cercioraré que estás muerto.

Contribuiré pacíficamente con mí óbolo al municipio
para recoger la basura donde yaces
y aumentaré la renta del médico, como precio a tu
eliminación.

Seré un puente entre la nada y la nada para tus pasos.

¡Hijo mío, qué alegría de matar!

De asilar en mi conciencia un asesino
y hospedar en mi casa un ileso criminal.

“El tiempo de los asesinos ha llegado”

a buen seguro asaltaré mi vientre y hundiré tu cráneo.

Lo que hace mi sangre, lo deshagan mis manos.

Llevaré hasta tu noche una estrella de luto.

Yo tengo poderío. Yo derogo el mandato divino.

Tú matarás. Yo mataré. Nosotros mataremos.

He aquí la prueba en mi vientre.

Hijo, tú tienes la cara en mi sangre.

Sabías que ibas a morir
porque tu sangre latía en mi corazón.
Estarás un poco más quieto
y la corola de días venideros que atesoré para ti
la derramaré en el suelo junto a tu sangre.
Mato en ti la vida que me dieron.
Como un salteador oscuro en mitad de mi vientre.
Hijo mío, mi cuerpo era tu casa
mi sangre tu cobijo, mis huesos tu edificio.
Pero he cerrado mi ventana con plomo
y he puesto a la entrada de tu casa un silicio.

GUSTAVO IBARRA MERLANO. Nacido en Cartagena en 1919 y fallecido en 2001 fue una figura destacada e influyente en lo que ha venido a conocerse como el Grupo de Cartagena, al lado de Gabriel García Márquez, Héctor Rojas Herazo, Jorge Artel, los hermanos Óscar y Ramiro de la Espriella, entre otros escritores e intelectuales, en la década del 50. Gabriel García Márquez lo recordaba como un ser adorable y gran abogado de aduana, que un día se le acercó y le dijo: “todas esas cosas que lees, están muy bien, pero no tienen piso. Te hace falta una base. Y durante dos años me dio una mano de griegos y de latines por la cual le estaré agradecido toda la vida. No es que me prestara a Sófocles, es que me obligaba a estudiarlo, punto por punto y luego me hacía examen. Y como él era un filósofo católico me hizo leer a Kierkegaard, y el teatro de Paul Claudel”. Ibarra Merlano fue un gran conocedor de la lengua, la cultura griega y los clásicos españoles, pionero de la crítica de cine en Colombia y riguroso ensayista de temas religiosos y filosóficos. Por largo tiempo, mantuvo ocultos sus textos poéticos hasta cuando, muy tardíamente, en 1979 publicó su libro *Hojas de tarja*. Le seguirían *Los días navegados* (1983) y *Ordalías* (1995), que recogen algunos de los textos inicialmente organizados en los títulos, *Las horas situadas* y *Las lunas del alacrán*. Precisamente muchos de los poemas publicados en este volumen de la colección “Un libro por centavos”, pertenecen a estos dos últimos libros y a *Hojas de tarja*, así como su título *Viento voluble en medio del agua*.

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Alvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Album de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejó
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero

47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Oscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apūshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanes. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)

94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa
95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Angeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festejar la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athías
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna. Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolás Pinzón Warlostén y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá. Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor. Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde. Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos. Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas. Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo. Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza. Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento. Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez
134. *Romances del Río de Enero y otros poemas*, Alfonso Reyes
135. *Arde Babel*, Camila Charry Noriega
136. *Para llegar a este silencio*, Santiago Espinosa
137. *Cantos sueltos*, Giacomo Leopardi
138. *Una forma de orgullo. Antología*, Luis García Montero
139. *El amor se parece mucho a la tortura*, Charles Baudelaire
140. *El libro blanco de los muertos*, Alvaro Miranda

141. *El mundo por dentro. Antología*, Carlos Castro Saavedra
142. *Destino. Antología*, Jorge Galán
143. *La hierba abre su latido. Antología*, Yenny León
144. *¡Imaginate...! Antología*, Basilio Rodríguez Cañada
145. *Sonetos*, William Shakespeare
146. *Imagen (in)completa*, Carolina Dávila
147. *Desastre lento*, Tania Ganitsky
148. *Polifonías Dispersas*, Carolina Bustos Beltrán
149. *Cae sobre mí una sombra. Antología*, Diana Carolina Sánchez Pinzón
150. *Poesía colombiana para niños. Antología*
151. *La casa. Antología*, Sandra Uribe Pérez
152. *Soy el cantor de esta verde tierra. Antología*, Darío Samper
153. *El beso. Antología*, Jorge Valencia Jaramillo
154. *La canción del fuego. Antología personal*, Amparo Romero Vásquez
155. *Poesías*, Miguel de Cervantes
156. *Patria de naufragos*, Irene Selser
157. *Mi mano busca en el vacío. Antología poética*, Pablo Montoya
158. *Luz de invierno. Antología personal*, Jorge Eliécer Ordóñez
159. *En mi flor me he escondido*, Emily Dickinson
160. *He escrito todo mi desamparo*, Hellman Pardo
161. *Viento voluble en medio del agua. Antología*, Gustavo Ibarra Merlano



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en octubre de 2019

Se compuso en caracteres
Goudy Old Style de 11 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem

